

Gladys Lopreto (UNLP, ISFDyT9) gladys.lopreto4@gmail.com

Sobre la dicotomía ‘civilización y barbarie’. La poesía gauchesca.

1. Una dicotomía puede indicar tanto partes complementarias como opuestas, excluyentes. Sarmiento (nacido en 1811), a quien se asocia la fórmula de arriba, la utiliza en el 2do sentido pero no para referirse a sociedades o naciones distintas sino para decir que ambas coexisten en nuestra misma sociedad: *la República Argentina, que se liga a los salvajes, por la pampa y a la Europa, por el Plata* (142).¹

De los dos, el primer concepto percibido y el más antiguo es el de *bárbaro, barbarie*, términos que, como sabemos, provienen del griego clásico, con el que se designaba a ‘los otros’, ‘los diferentes’, por un rasgo fundamental: el logos, el lenguaje. Su carencia o ignorancia justificaba la exclusión de la *polis* -es decir, de la mentada *democracia* ateniense-, luego el derecho a la guerra, la invasión (como lo hicieron con egipcios y persas) y violar, devastar, reducir a los pueblos vencidos a la condición de esclavos. Este derecho es ejercido posteriormente por los *cives* latinos o romanos, quienes detentan para sí los derechos *civiles* por sobre los de otros pueblos invadidos que van a constituir el Imperio Romano. De esa palabra surge el concepto de *civilización*, ya hacia nuestra era, referido a ‘los que ‘tienen derechos civiles’, los *civilizados*, luego los *ciudadanos*. A la cabeza del Imperio el Caesar o César, de donde Kan, Zar, Kaiser.

Siglos después y siempre según la historia oficial, son los llamados *bárbaros*, pueblos del norte de Europa y de parte de Asia, quienes invaden Roma y ponen fin al Imperio y con él, por lógica, a la *civilización*. A esto le sigue la expansión del cristianismo y catolicismo, la restauración del Imperio con la nueva religión y, hacia el siglo XV, el descubrimiento de América. Por un lado la maravilla, el asombro (Martínez Sarasola), pero enseguida se redactan textos que legalizan para la corona de España el derecho a tomar posesión de las tierras “descubiertas y *por descubrir*”. Esto último explica por qué, en las cartas de los conquistadores del Río de la Plata, aunque se establecían por primera vez en esas tierras y en las del sistema del Paraná, se menciona al territorio como *la Conquista* en el sentido de ‘algo ya conquistado’ (es común encontrar en las cartas de los que vinieron con P. de Mendoza: “yo, que vivo en esta conquista...”). La tierra ya estaba ‘conquistada’, por ley,

¹ Fue publicado por el autor durante su exilio en Chile como folletín y como libro en 1845 con el título de *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga, y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*, cinco veces editado en vida del autor, con modificaciones. Para el estudio del texto se tomó *Facundo, o, Civilización y barbarie* / Domingo Faustino Sarmiento; prólogo de Alejandra Laera. Buenos Aires. Bibl. del Congreso de la Nación, 2018. Los números remiten a esa edición.

solo venían a *hacer entrada*² para apoderarse de territorios, reducir a los habitantes a la condición de esclavos, sacar metales, en nombre del rey o emperador y de la religión³ (lo que se conoce como ‘doctrina del descubrimiento’, que justifica el *colonialismo*, sistema económico-político de España del XVI al XIX que asumieron otros países europeos: Bélgica, Holanda, Francia, Inglaterra y que justificó y justifica exterminios, esclavitud, genocidios, torturas, despojos, extractivismo de bienes naturales.

En los casos referidos se trató del encuentro o choque entre pueblos diferentes, unos considerados ‘civilizados’ y otros considerados ‘bárbaros’, pero Sarmiento nos va a decir en su texto fundante *Facundo* (1845), escrito durante su exilio en Chile, que ambas fuerzas se daban en el seno de nuestra misma sociedad, provocando de ese modo la prolongada guerra civil que siguió a la revolución de 1810⁴. Este planteo lo inicia con una biografía de ribetes novelescos, la del famoso caudillo federal que había sido asesinado unos diez años antes. Según sus propias palabras, elige ese personaje porque no puede escribir la *biografía inmoral* de Rosas, todavía vivo y en el poder (42), con lo que, más allá de lo biográfico, se transforma en un texto de contenido político y de ensayo sociológico. Se disculpa por si cae en alguna falta de rigor documental ya que el texto está basado en vivencias y recuerdos, y agregamos porque nace de la pasión, de la urgencia, publicado primero como folletín por entregas (es decir, en formato periodístico). Agrega A. Laera, historiadora y editora, que es un texto *oportunistista* (19), o al menos coyuntural, ya que Sarmiento tenía una motivación inmediata: neutralizar un intento anunciado de Rosas de establecer relaciones diplomáticas con el gobierno de Chile.

En la dicotomía planteada, reconoce la existencia de *civilización* en Europa, sobre todo en Francia, y la reconoce también en nuestro país para donde hay escuelas, alfabetización, ejército organizado, esto es: en Buenos Aires (dirá *la culta, la europea Buenos Aires*), aunque incluye a Córdoba y alguna otra. Con la *barbarie* se refiere a las zonas donde vivía el *salvaje* (el indio) pero también el *gaucho*, aislado en la llanura inmensa, el analfabetismo, la montonera. Señala la diferencia incluso en la vestimenta, las armas, la

² El concepto lo expresa también el primer poeta del Río de la Plata, Luis de Miranda, en su *Romance* de c.1540, con una metáfora muy significativa: la Conquista –es decir, la tierra donde está hoy la CABA– es una mujer viuda, malvada, que devora a sus maridos, quienes venían a ‘hacer entrada’, a penetrarla. LOPRETO G. (1996). 35

³ Las leyes fueron derogadas por las revoluciones sudamericanas del sigloXIX pero todavía subsisten las bulas papales.

⁴ F. Pigna considera que fue una de las guerras civiles más prolongadas en el tiempo, no solo para nuestro país. *Facundo* había derrotado a las fuerzas del Gral. Paz en las que militaba el joven Sarmiento, lo que motivó su huida y exilio en Chile.

alimentación, los aperos, las formas de montar.

Pero, en otras partes del texto, las partes que ahí presentó como contrapuestas son conceptualizadas como *dos civilizaciones*: la de la ciudad y la de la campaña (77, 86).

En la República Argentina, se ven a un tiempo *dos civilizaciones* distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno, dentro de las ciudades; el otro, en las campañas (77)

Es decir, si antes reconocía la existencia de barbarie como lo opuesto a civilización, acá plantea la existencia de dos formas distintas de civilización (en el sentido amplio de ‘cultura’ o ‘manera de ser’). Es esta mirada la que le luego no se contradice con reconocer y describir positivamente a los distintos tipos de gaucho, en tanto destaca en ellos aptitudes importantes, conocimientos específicos: el baqueano, el rastreador, el gaucho malo (que no lo presenta como malo sino como de una total autonomía, montaraz, valiente, libre) y el cantor.

La mirada dicotómica no es privativa de Sarmiento. Entre otros, aparece en las novelas históricas de W. Scott, a quien Sarmiento admira y cita, con una curiosa denominación del personaje:

Las vastas llanuras de Buenos Aires no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de guachos (por decir Gauchos)... Desgraciadamente —añade el buen gringo—, prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas.

Y enseguida nos sorprende con una ironía no muy feliz:

¡Sería bueno proponerle a la Inglaterra, por ver, no más, cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires! (56)

Encontramos también algunas afirmaciones algo equívocas, como cuando pone 1810 como año divisorio entre la civilización -la época anterior, o sea la colonia- y la barbarie la época posterior. (Mignolo justamente lo presenta al revés: la barbarie primero como origen del colonialismo).

La mirada dicotómica aparece en todos los niveles: las ideas, la literatura, los cuerpos, los modos de vida y las formas de gobierno: ciudad y campaña, literatura culta y poesía oral de los gauchos, sociabilidad urbana y pulperías, ejército regular y montonera, unitarios y federales, republicanismos y despotismos, construcciones opuestas que el autor localiza en el territorio:

Los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo: la pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias [...] La

ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos

En cambio señala para las ciudades del interior:

El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto, de centenares de millas cuadradas

Pero más allá de estas relaciones entre maneras de vida y espacio, la dicotomía adquiere un fuerte sentido político. No deja Sarmiento ninguna duda de que incluye en la *barbarie* a los federales y a la política de Rosas, a quien incluso no considera ‘federal’ y a quien por otra parte le adjudica el asesinato de Quiroga. Acá nos resulta importante una aclaración de Laera (25/26), acerca de que “la oposición entre civilizados y bárbaros, junto con la adjudicación de barbarie al gauchaje federal, circulaba en la década del 30 en la prensa facciosa y formaba parte de una suerte de vocabulario común en la región”, vinculación semántica que Sarmiento contribuye a reafirmar.

Nos preguntamos si esta dicotomía y su solución por la ‘civilización’ sigue vigente. Para algunos grupos políticos actuales que revalorizan la llamada generación del ’80 pareciera que sí.

Pero ya el primer cuestionamiento lo encontramos en José Hernández (nacido en 1834), quien contrapone a “Facundo” su texto biográfico “Vida del Chacho” (1863), además de su obra cumbre: “Martín Fierro” (1872-1879) y sus escritos políticos y periodísticos, recientemente publicados en edición crítica dirigida por Élide Lois y Ángel Núñez. Ya más próximos a nosotros, no pueden desconocerse David Viñas, Osvaldo Bayer, Martínez Sarasola, Rodríguez Molas, incluso Lucio V. Mansilla, revalorizado recientemente, los hermanos Simplicio (autores de ‘El culpable es el silencio’) y tantos otros.

Claro que los términos no son neutros, tienen un contenido fuertemente axiológico. Tan es así que, como leemos en W. Mignolo, la dicotomía justificó en la antigüedad la guerra y la toma de esclavos, luego el colonialismo y el extractivismo.⁵ Encontramos el tema, en su complejidad actual, para nuestro país y nuestro continente, en *Debates latinoamericanos* de Maristella Svampa (2016), de la que recordaré tan solo algunos pocos hitos significativos. Leemos que, entre 1890 y 1920 se publicaron, enfocados

⁵ Un ejemplo próximo, publicado en National Geographic de julio 2022: C. Rhodes, 1er. ministro hacia 1900, de la colonia inglesa de El Cabo africano, enriquecido con el oro y los diamantes de la zona, afirmaba: “Hay que adoptar un sistema de despotismo con los bárbaros de Sudáfrica”.

desde un positivismo prevaleciente, distintos ensayos acerca del ‘continente enfermo’ que ponían en duda la posibilidad de América Latina de entrar en la modernidad, a la manera de Europa y los EUA. Se generalizó así un pensamiento inquietante, una suerte de pesimismo moral, a través de una lectura continental acerca de los que se consideraban dos “males endémicos”: la raza y el caudillismo latinoamericano. A partir de allí se generaliza la idea de razas débiles para indios y mestizos, que genera su invisibilización y su inclusión para nosotros en la barbarie, mientras que en otros, como Perú y México, se considera en cambio a los pueblos indígenas como fundadores de la identidad nacional (aunque se pensara en el modo: “Incas sí, indios no”).

Como contraparte, nuestra frase ‘crisol de razas’ da “la idea de una imagen homogénea de nación, en base a una Argentina blanca y civilizada ligada a lo europeo”. Pero cuando, para el Primer Centenario, cunde la idea de España como “Madre Patria” y se ve en el inmigrante la imagen de una barbarie desnacionalizadora, como reacción se vuelve a la figura del gaucho en un papel fundador de lo nacional. Poco después Lugones va a exaltar el *Martín Fierro* como poema nacional, el cual, escrito unos cuarenta años antes, ya había logrado gran difusión a nivel popular.

Mientras, hacia 1940 en México se hace fuerte la tesis de homogeneización nacional a través del mestizaje, lo que conduce al concepto de multiculturalidad, paradigma que llega a nuestro país y cunde entre nosotros más tarde, sin pasar por el indigenismo. Hasta aquí la problemática de ubicarnos en aquella dicotomía inicial, que planteaba cómo nos colocábamos en el necesario proceso de identidad y con respecto al progreso y la modernidad. Pero nos dice la autora que, hacia el siglo XX, después de la 2da Guerra Mundial, las nociones de “progreso” y “civilización” fueron desplazadas por la categoría de “desarrollo”, que, de manera similar a sus antecesoras, devino una de las ideas fuerza del discurso hegemónico moderno. Nos informa Svampa que fue Truman quien, en 1949, siendo presidente de EUA, introduce la noción de “subdesarrollo” para referirse a los países “atrasados”. A partir de ahí las brechas económicas, sociales y políticas se expresarían en la contraposición desarrollo-subdesarrollo. *Y mientras el subdesarrollo se volvió una condición indigna de la cual había que escapar, el desarrollo se tornó un valor universal homogéneo, el gran objeto de deseo y la nueva mitología de Occidente*, frente al cual nos dirían Martín Fierro y Don Quijote que estemos atentos a las vizcacheras –que nos hacen caer- y a los gigantes –que, según la tradición siempre son malvados- pero que se disfrazan de inocentes molinos. Así, tal vez como una contraparte, pasamos a la lengua y literatura gauchescas.

2. Literatura gauchesca. Vimos que Sarmiento mencionaba, en su tipología del gaucho, al *cantor*. Nos da así una referencia, un testimonio más de la existencia de poetas anónimos y populares en el pasado, aunque sus preferencias van por la poesía culta, de la que cita a Esteban Echeverría en algunas estrofas de “La cautiva” (1837), justamente las que se refieren al desierto. Existió una poesía gauchesca oral, anónima, popular, no siempre cantada, que habría comenzado en los primeros siglos de la colonia, con raíces en la poesía española de los conquistadores. El historiador Rodríguez Molas nos informa que los gauchos -cuyo origen vincula a la conquista española y a la violación de mujeres indias como forma de sometimiento y causa de los numerosos mestizos nacidos en nuestro territorio- constituían, junto a indios y negros, una clase social despojada, analfabeta, sin tierras, sin bienes, con oficio de peones para tareas ganaderas, en las cuales afirma que eran tratados como esclavos. Por esa razón, sumado al estrecho conocimiento de su habitat natural y al desarrollo de la gran habilidad como jinetes que su mismo trabajo les exigía, muchos jóvenes huían de una organización social clasista y explotadora. Se intentaba controlarlos a través de leyes, acusándolos de ‘vagos y mal entretenidos’, lo que justificaba las ‘levas’ o que fuesen *entropiyados* en el ejército, pero esa misma condición despojada los capacitaba en saberes y los hacía valientes y libres. Los lugares de socialización, donde actuaba el gaucho cantor y poeta, solían ser las pulperías.

Hacia el siglo XVIII aquella poesía oral y/o cantada empieza a escribirse y surge la denominada "lengua gauchesca", una variedad de nuestro español, que sería creación o constructo de hablantes de la lengua estándar, tal como leemos en Moure, de la AAL:

Como sistema lingüístico, la denominada "lengua gauchesca" surgió como un producto artificial gestado por hablantes de la variedad autónoma (estándar y culta), que fue volcado en el canal escrito de esta última. Ese sistema tomó efectivamente sus elementos del habla real de los habitantes de un vasto territorio de llanura de límites difusos, y se constituyó como un dialecto secundario y heterónimo con respecto al estándar, y también virtual, en tanto resultó de un recorte consciente y selectivo de los rasgos lingüísticos -fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxicos- que en la percepción de los autores del género poseían un mayor poder caracterizador de la lengua de los personajes que se proponían reflejar. (Moure, 2008b: 149).

Señala luego que la literatura gauchesca tocó una temática diversa y, si bien surgió en canciones o recitados, como arte popular tuvo enseguida una difusión muy grande a través de diferentes formatos, según fueron apareciendo en la sociedad (teatro, radio, cine, historieta, etc.), con lo cual la variedad recibió el impacto de esas distintas realizaciones.

Por ello se toma como criterio unificador del género el uso de la lengua gauchesca, a la que el autor propone designar como la *variedad rural rioplatense*.

Una lengua existe cuando existen usuarios de esa lengua, es decir, cuando existen hablantes que la sienten *su* lengua para comunicar. Ante la tendencia al Español Internacional asumida por la RAE e instituciones implicadas, reconocemos la importancia de las variedades lingüísticas como patrimonio identitario de culturas comunitarias. En nuestro caso nos interesa la vigencia de la variedad rural rioplatense, como prefiere llamarla Moure, conocida comúnmente como *lengua gauchesca*. Siendo en principio lengua oral, con algunos rasgos comunes a la pronunciación de la lengua estándar actual (reducción de grupos consonánticos, debilitamiento o elisión de –s final, apertura o cerramiento de vocales, etc.), escribirla obliga al desafío de registrar por escrito esos cambios. De ahí que Moure defina su paso a la escritura como ‘un constructo artificial de la literatura gauchesca’.

Decimos que existe al presente la literatura y la lengua gauchesca por el simple hecho de que tiene cultores (a veces conocidos solo localmente, en otros casos con más difusión), un extenso público receptor, es tema de asociaciones tradicionalistas, se cultiva el arte de las payadas (algunas asociadas al periodismo), la Municipalidad de La Plata tiene talleres sobre esta arte, existe actualmente un Proyecto de Diputados para un reconocimiento a José Larralde y la inclusión de sus textos en la escuela, en artículos del historiador Adamovsky se reconoce una lista de autores e intérpretes de lo que llama “criollismo popular” y de otros hechos que hablan de la persistencia de género y lengua. No hay un estudio sistemático de esta última, según el mismo Moure, quien lo atribuye al peso del valor identitario de la misma y a su uso en diferentes formatos, a lo que agregamos otra causa: su continuidad en el tiempo, que la hace pasible de continuas variaciones.

Podría ser considerado dentro de lo que es ‘lenguaje popular’ para Paulo Freire (2014), ya que tiene “una gramática que no ha sido escrita y una belleza no reconocida” (117-118). Una mirada similar mueve a muchos lingüistas a ‘explicar’ casos, aparentemente anómalos, no siempre aceptados por la normativa. Para esos casos dice Freire que los docentes “deben ayudar (a los hablantes) a creer en su propia lengua, a no sentir vergüenza de su lenguaje, sino descubrir la belleza de sus propias palabras”. Algo similar decía Manuel Retes (argentino, 1941-2019), cultor de poesía gauchesca de trascendencia local, como tantos, cuando lo conocí, hace más de diez años. Yo entonces ya estaba interesada en esas creaciones del habla comunitaria que, a nivel aula, traían los chicos.

Me referiré a uno de sus textos, un poema extenso titulado *Payando por la historia*, con dos ediciones en vida del autor. Es un caso, como tantos, de los que se originan en grupos menores, donde se cultiva la poesía, el canto, el arte en general o la discusión filosófica, sociológica, etc., que si bien no son reconocidos y valorados a nivel sociedad mayoritaria dicen en cambio de la vigencia de una vida pensante y creativa en el seno de la comunidad, así como de diferentes géneros y lenguajes. En nuestro tema además es un caso más relacionado con el centralismo cultural.

Siento necesario decir algo sobre quién fue Manuel Retes. Nacido en Balcarce, gran viajero, recibido de médico pediatra en La Plata y entrañablemente unido a la ciudad de Junín, donde ejerció su profesión, él mismo nos lo dice en apretada sextina:

Yo tuve varios oficios
pero todos bien camperos,
fui pistín y fui resero,
peón por tanto, alambrador,
supe andar de domador
y ahora soy curandero.

A ello le agregamos una importante formación humanística de la que da cuenta el poema, pareja a un amor a nuestras raíces, nuestra cultura -comprendida en ella la lengua y la literatura-, que lo distinguió por un afinado uso del lenguaje en distintos registros. Porque si de vocación confesa fue médico, su otra vocación no oculta fue la literatura, que ejercía no solo por una necesidad expresiva sino también muchas veces creativa, lúdica. Fue también gran lector, conocedor de otras lenguas y otros paisajes y estudioso de las ciencias. Todo esto importa porque desarrolló una amplitud de criterio que le permitió reconocer el valor de la cultura y el lenguaje popular.

En el libro manifiesta no solo aprecio por ese lenguaje sino por un modo de vida que incluye amor al paisaje de la llanura bonaerense y valoración de las habilidades y conocimientos de su gente, incluida la expresión verbal, que conoció por la práctica, por compartir diálogos con gente de campo y ciudad y también por un conocimiento metalingüístico.

El libro consiste en un largo poema en lengua gauchesca que relata un ‘viaje’ hacia nuestras raíces, escrito en sextinas octosilábicas con rima 0AABBA -tributo declarado al *Martín Fierro*-, en el que se da vida a personajes históricos de la cultura universal. En algunos casos se produce el encuentro y diálogo con los mismos, lo que genera payadas y contrapuntos, en otros se los menciona con alusión a las obras.

Por el lenguaje y el tratamiento entre los protagonistas y por la métrica es para nosotros sin duda un poema gauchesco. Lo es también por el tema, ya que propone situaciones propias del género: en efecto, el hilo conductor del relato es la marcha a caballo de dos paisanos en la que se generan diálogos, encuentros y situaciones de payada -esa especie de desafío conceptual rimado- tanto sobre temas propios de una cultura ecuestre, que estimaba en mucho, como de un orden más abstracto, común entre payadores: esto es, la reflexión filosófica, los conocimientos, la naturaleza, además de los temas sociales, la actitud digna, sentenciosa (que no impide la cuota de humor), la valoración de la amistad, la protesta ante la injusticia.

Ahora bien: todo ese contenido viene engarzado en un relato que desorienta a algunos cultores del género, pues se trata de una marcha a través del tiempo en que los personajes parten del año 2000 hacia los orígenes. El autor lo justifica mencionando a Wells y a su predecesor, Dante, como antecedentes: si lo hicieron ellos, por qué no unos gauchos del siglo XXI, en un viaje en que la 'máquina del tiempo' serían los caballos.

Así crea una trama que sigue un orden cronológico y espacial no del todo riguroso donde desarrolla temas de filosofía, biología, historia, literatura, nacidos de una vocación por el estudio, la lectura y la escritura, que vivió desde muy temprano en su historia personal y que lo acompañó siempre, a la par de su definición por la profesión, manifestada en algunas notas periodísticas y en una vida activa y comprometida con la realidad.

La historia sigue una línea particular donde los hitos no son batallas sino hechos de la cultura producidos por filósofos, artistas, científicos. Ahora bien: los personajes no aparecen a través de la mirada ingenua de un gaucho sino que ellos mismos son *gauchos*: así los llama el autor y los hace actuar como tales, interpretando datos históricos en situaciones donde cada uno expone sus conocimientos, realiza sus obras artísticas, etc. Esta homologación de Aristóteles, Miguel Ángel o Darwin y los demás a un tipo social propio de nuestra cultura dice en sí mismo de la valoración de unos y de otros y, sin duda, borra la línea que separa civilización y barbarie.

No hablamos de la cultura en abstracto sino de la que según ciertos paradigmas, aceptados hasta hace poco, llegan al presente -esto es, la línea que arranca de los griegos, los latinos, lo europeo, luego hispano e hispanoamericano- con una temática cuyo tratamiento no es en sí mismo ajeno a la gauchesca; por el contrario, uno de los tópicos frecuentados en la payada y el contrapunto son los 'saberes', donde se retan los contrincantes. De ahí que, si bien no hay antecedentes en el género de este tipo de contenidos, de todos modos no resulte extraño. Los distintos momentos de la cultura aparecen engarzados en un relato

central que da estructura al libro, consistente en que dos gauchos amigos, bien montados, cuyos nombres no conocemos ni tampoco los de los caballos, deciden hacer una *marcha*:

¿No le parece, compadre,
que ya es hora de pensar
en largarnos a viajar
pa' buscar otros halagos
y hacernos perdiz del pago
que aquí, vivir... es durar?

Aunque a renglón seguido aclara que se trata, de *pasiar en la Historia por el tiempo* (es decir, de un *halago* intelectual), habla allí el gaucho libre, cerril. Y si bien el contenido del texto se refiere muchas veces a cuestiones ajenas a la gauchesca, nunca tratadas dentro del género, esto de *la marcha a caballo* de dos gauchos amigos que dialogan en la variedad que los identifica nos permite, según Moure, incluirlo en el mismo.

Tal vez por el pasado del gaucho, las *marchas* son un tema recurrente, aunque no obligado. Chano y Contreras marchan a la capital para las fiestas patrias, Fierro y Cruz marchan a tierra de indios, Don Segundo y el reserito otro tanto. No se reduce a lo literario: es probable que ese amor a la libertad propio del gaucho, de que hablamos al principio, haya quedado en las *marchas* -siempre a caballo, animal protagónico en su vida- a veces en soledad pero muchas veces en compañía de un amigo. En su sentido profundo, podemos decir que la marcha no es un tópico exclusivo de la gauchesca, ya que se corresponde con las 'salidas' de las novelas de caballería, los peregrinajes, los viajes a lo desconocido que implican búsquedas, desafíos, aprendizajes, rupturas.

Ahora bien, aunque más tarde se conserve solo como un episodio atractivo, lo interesante en nuestro caso es que a veces la marcha trasciende lo literario, de ahí que tenemos cultores de la gauchesca que en cierto momento de sus vidas la llevaron a la práctica. Casi siempre se trató de *marcheros* varones, aunque también las hubo mujeres: la información la encontramos en C. R. Risso, quien en uno de sus blogger dedicados a la poesía gauchesca da cuenta de marchas que fueron noticia periodística.

Seguramente hubo otras que no cobraron semejante notoriedad, como ocurrió en el caso del autor de nuestro poema, quien realizó una marcha similar por el NO de la provincia de Buenos Aires en compañía de un amigo, en la década de los 90, cuando eran *dos paisanos cincuentones*, tal como se dice no casualmente en el texto. Y Manuel Retes recordaba este hecho con placer porque, como también lo dice allí, cada vez que llegaban a un lugar eran bien recibidos: *hay saludos, agasajos, / bailongos y guitarreada*.

En el caso del poema se trata de una marcha por el tiempo, por la historia, tal como lo estudiamos en la escuela, con sus orígenes en el mundo grecolatino, luego lo europeo, lo español, y también el elemento indígena, presente en el mestizo. Y lo hace en la variedad lingüística rural, la *lengua gauchesca*. Porque somos Argentina, somos Hispanoamérica, hablamos español, esto es, ‘la lengua’ que, como sabemos, fue impuesta pero también fue heredada, la misma que hasta antes de la pandemia era 2da. en el ranking mundial en cantidad de hablantes, lo que no la hace ni mejor ni peor que lenguas minoritarias pero sí justifica la gran cantidad de variedades que encontramos en ella. Ya Juan de Valdés, en su *Diálogo* de 1535 lo decía para el español de España. A eso debemos agregar algo que se negaba o se omitía hasta 1990, actitud que puede rastrearse incluso hoy: la presencia viva en el español de América de lenguas indígenas: quechua, guaraní, nahua, mapuche. Su influencia, que hace a la diferencia, fue demostrada y defendida por unos pocos: el español Germán de Granda, nuestro cordobés Ricardo Nardi, el porteño Carlos Martínez Sarasola, entre otros, y también lo reconoce Manuel Retes en carta a un amigo, en 2003:

Los primeros colonizadores, en gran parte de origen andaluz traían, además de su “argot”, su germanía y la vihuela (...). El mestizaje enriqueció aún más la lengua que fueron aprendiendo los niños criollos y mestizos a partir del habla materna.

A partir de allí y si tomamos en cuenta las distintas poblaciones, constituidas posteriormente en destino de diferentes corrientes migratorias, luego el mayor o menor alejamiento de los centros urbanos, sumado a distintos niveles de escolarización y a los rasgos de creatividad y productividad propios de lenguas y hablantes, nos aproximaremos a entender el porqué de las diferencias dentro de lo que llamamos ‘nuestra lengua’.

Siempre las lenguas albergan diferencias, de ahí la coexistencia de distintos sistemas que en principio se llamaron “dialectos”, hoy “variedades”. De modo que, como dijo el académico cubano López Morales: *La Lengua* ‘es un concepto teórico, abstracto, un sistema virtual no realizable’, lo que realmente existe son *variedades* y *variaciones*, relacionadas con lo cultural y con diferentes situaciones comunicativas (Lavandera, Martínez). Ahí ubicamos la variedad rural rioplatense (Moure), de la que surgió una *poesía gaucha genuina* al decir de Manuel Retes, de registro oral, y más tarde la que conocemos hoy, escrita por ‘letrados’, donde se ubican él y su libro:

Así nació el “Martín Fierro”, obra magna de Hernández, el “Fausto” y el “Santos Vega” entre los más representativos y así también, en un nivel muy inferior, nació “Payando por la Historia”, como homenaje al hombre con cuya sangre, bien o mal, se fue haciendo mi país, Argentina.

La variedad gaucha o gauchesca presenta elementos en común con variedades rurales del español de América pero tiene algo que la hace única: el *Martín Fierro* (1872), conocido universalmente. Claro que este poema surge dentro de una literatura que ya existía y que se dio en la llanura bonaerense y/o rioplatense. Y aunque el género abarca distinto tipo de realizaciones, el poema de José Hernández está escrito en el ‘formato’ que más lo caracteriza. Según E. Lois, autora de la edición crítica del poema, Hernández eligió la variedad gauchesca no por pintoresquismo sino porque era entonces el lenguaje de su destinatario, el habitante de nuestros campos, en situación de subalterno o despojado, y por ello la herramienta más adecuada para llegar a él. Por todo ello, si bien el tipo social del gaucho fue común a toda Hispanoamérica, lo que llamamos *lengua gauchesca* y *literatura gauchesca* se considera patrimonio de la zona rioplatense.

La variedad sigue vigente en los cultores de este tipo de literatura, muchos de los cuales, más allá de considerarlo recreación de usos decimonónicos, afirman su continuidad en el presente. Uno de los que así pensaba, sin negar los cambios imparable debidos al uso y el tiempo, fue Manuel Retes, quien abogaba por el estudio del lenguaje ‘verdadero’ correspondiente a nuestra cultura.

Esa pertenencia la da la historia, de ahí que el poema es un tributo a nuestros orígenes, cultura y lengua, que concilia el pasado trágico y el presente, hecho con conocimiento, con amor y con humor. El autor, por todo lo que sabemos de él, amó la medicina pero también la reflexión vital, las tradiciones literarias, la cultura humanista, así como también se definió por la vida, la justicia, la solidaridad, la amistad. Todo eso está en el libro. Tuvo también desde niño, según recordaba, vocación de poeta y de escritor. Incondicional defensor de los Derechos Humanos, gran apologista de la educación pública y del maestro, fue también un maestro.

Vayamos ahora a su libro.

3. PAYANDO POR LA HISTORIA. Haremos un recorrido por el poema que, si bien sigue un modelo tradicional, lo sentimos no limitado por este rasgo y, para los que lo conocimos, deja ver al hombre.

El libro se abre con una advertencia del autor en décimas donde minimiza su pulsión intelectual y de escritor. Ahí manifiesta su elección por el verso rimado, recurso característico del género, en una estrofa que solía repetir: *jamás debe ser violada / la rima...* Y acorde a que el tiempo es una ficción, publica dos cartas que le dirigieron al autor nada menos que Don Quijote y Martín Fierro, sus dos mentores, quienes le advierten

metafóricamente sobre los peligros de la existencia de *vizcacheras* y de *gigantes disfrazados de molinos*.

A partir de allí, el relato en sí mismo comienza con el encuentro de los personajes, *dos paisanos* que a sí mismo se definen como *payadores*. Son quienes relatan y dialogan durante toda la obra, salvo en momentos en que hablan los personajes históricos o aparece un relator externo. Van *al tranco manso y sereno / de unos fletes superiores*, con los cuales y a pesar de pertenecer a distintas especies animales, no temen compararse, ya que son: *dispuestos y marchadores / ¡como nosotros, hermano!* Así es como al atardecer la decisión de *marchar* se concreta en la frase: *¡Ahura es cuándo, que embromar!*, frase que condice con la actitud decidida, valiente, atribuida al gaucho.

La marcha por la historia se planifica con una frecuencia de cien años por semana, asimilando el marchar con el versear. Y deciden empezar por la casa de un amigo muy sabio que quedaba por el siglo IV a.c.: Aristóteles, en Grecia. No es al azar la elección, viene del reconocimiento de que *en sus pagos son los hombres / todos gauchos ilustraos*. Aquí ya aplica el título de *gauchos* a los personajes históricos, con lo que nos dice algo: el aprecio que tenía por ese tipo humano y, a la vez, la equiparación de aquellos grandes de la antigüedad con estos hombres de nuestra tierra. Valga como ejemplo: “*Don Platón, / hombre capaz si lo hubo, / criollazo viejo y peludo, / filósofo y escritor, / un gaucho de lo mejor, / créame, se lo aseguro*”. Vemos además allí, como en todo el poema, el estilo apelativo, conversacional, típico de la gauchesca.

La referencia al caballo también es constante: *El caballo es lo primero / cuando se anda viajando / y habrá que dirlo cuidando / más mejor que el propio cuero / porque de no, compañero, / a pata se irá quedando*, a lo que siguen detalles de ‘expertez’ en el tema y consejos precisos. También aparece el tema de la amistad: *que la güeya es más liviana / charlando con un hermano*.

El esquema de la payada le viene bien a la mayéutica socrática sobre temas de filosofía: el conocimiento, los conceptos de verdad, la vida, la muerte, el mal y el bien, que tienen lugar entre Platón y Aristóteles. La discusión de los dos filósofos y sus discípulos enfrenta Idealismo y Realismo y cobra dimensiones nuevas desde *el ahora* de los marcheros, que advierten: *¡la humanidad está escuchando!* En ese entrevero, *dándole en la matadura / a la ‘cencia’ de Platón*, da a entender el autor su elección por el concepto de ciencia aristotélico. De todos modos la discusión termina en amenaza de duelo criollo (la *topada*) al que pone fin Sócrates amonestando a los peleadores: *pa’ qué cuernos, digo yo, / puede servir una cencia / que no tiene la decencia / de promover el amor*.

De Sócrates resalta su sabiduría y su valentía ante la muerte: *¡Viera qué criollo, amigazo, / qué valor para morir!* Siguen a Alejandría, donde *habería un entrevero / que por nada perderían* con Arquímedes, Euclides y otros sobre matemática, materia que les causa cierto temor, ante lo cual uno alienta al otro apelando a la ‘hombría’: *-No se me arrugue, aparcerero / ni se achique ante el oblijo, / que los hombres decididos / echan siempre pa’ delante / sin dejar que los espanten / ni los muertos ni los vivos.*

Tal vez esa misma actitud es la que anima al autor a asumir el género gauchesco para andar por zonas nunca antes transitadas por el mismo. Y así aparecen otros personajes en el relato, con admiración o con alguna transliteración humorística: el gran Homero, Hipócrates, Prometeo y su castigo: cada día aves rapaces lo *chimangueaban*. Más adelante Galileo, tenido por *un gringo mal arriao*, luego Niuton y el más admirado, como hombre y como científico, por el autor: *Dargüin: ese gaucho demostró... que manda la Evolución*, con interpretaciones jocosas: los dinosaurios *¡murieron de repentina!*, así como *de un mono jetón / proviene la raza humana*.

Todos, incluso Espartaco y hasta el mismo Cristo, son gauchos, a las guerras las llama *malones*, las armas son *facones*. En la Edad Media ubica *los gauchos andantes*. Los presenta como *paisanos arrogantes, más malos que la gran siete...* Y las Cruzadas: *con qué fe y ferocidad / esos hombres se achuraron*, a lo que sigue la Peste Negra y la matanza de los supuestos culpables: gatos y judíos, que lo hacen manifestarse contra la intolerancia y el racismo. Época de hambrunas, de pobreza, peregrinos: *Somos siervos de la gleba / no hay otra cosa más pior, / ya no nos queda sudor, / solo algo de esperanza / pero no llena la panza / el pan con gusto a dolor*.

Pasan al Renacimiento con los Medici, luego Dante y su viaje al infierno guiado por Virgilio, que compara con Wells y la máquina del tiempo. Esto los lleva a justificarse a sí mismos: *a decir la verdá / hay muchos desorejaos / que agarran pa’ cualquier lao / con la excusa de viajar*.

Siguen Romeo y Julieta *noviando a las escuendidas...*, como lo contó *don Chéspir, inglés y payador*. Recuerdan luego a científicos como Kepler y Copérnico y llegan a la posada “El Príncipe” de Maquiavelo, quien se queja porque lo dejaron cesante, a lo que los paisanos le aconsejan la denuncia ante el gremio (pero ya entonces los gremialistas estaban *entongados*: como en el 2000, dirá el gaucho).

Siguen encuentros con Rafael, Miguel Ángel (mal vestido y de mal carácter, le aconsejan que no trabaje tanto porque lo iban a contratar de ‘media chuchara’), luego Leonardo, de buena figura, a quien describe vestido a lo gaucho de lujo. Hablan del significado de

Renacimiento: *Nada nace enderrepenete.../ Nunca está, pa' que lo sepan / la Historia con la manea*, de ahí la necesidad de actuar y participar:

Pa' eso jue necesario
criticar las tradiciones,
afirmar bien los talones,
apoyarnos en los clásicos,
rescatar saberes básicos
y gambetiar religiones...

Hay referencias a los inventos de Leonardo y a 'la última cena', la Inquisición, las bulas, los negociados, que lo llevan a decir: *a veces dudo si el Diablo / puede ser tan mal arriao*. Luego se marchan para España, *pal lao del Siglo de Oro*, identificando la *verseada* con el andar: *ansí, charlando los dos / pidiendo a la vida cancha, / galopiaban a sus anchas / y en menos de una versiada / los pingos asujetaban / en los pagos de La Mancha*.

El encuentro con Don Quijote, quien tenía una chacrita que descuidaba bastante, se produce de noche. La admiración por el personaje es manifiesta: *Jue galante y comedido / paladín de la esperanza... / palenque del ideal...* Justifica su 'locura':

Aunque pa' todos fue un loco
se los echó por delante
a sotretas y maleantes,
alvirtiendo a sus amigos
que detrás de los molinos
se escuendían los gigantes.

Ese encuentro es amenazante ante la posibilidad de que los paisanos no reconozcan la belleza de su amada pero aparece Cervantes y frena al personaje todavía no creado: *Tate, tate, Don Quijote, / esperadme en las prisiones...*

Aquí el diálogo es en gauchesco y castellano antiguo. Llega el día y los dos amigos hablan de la necesidad de que haya quijotes, esto es, ideales, utopías: *Suebran miserias, pobreza, / los sotretas y atrevidos, / son pocos los comedidos / que corajudos se planten / y andan todos los gigantes / disfrazados de molinos*.

Cervantes, quien reconoce que *todos los tiempos son iguales*, los invita a *mantener los ideales* a pesar de lo aparentemente absurdo ya que, si el mal continúa aún en los tiempos *de razón*, entonces se pregunta: *¿por qué no aceptar la locura?*

Los payadores son invitados a un desafío a puro soneto con Lope de Vega, ante lo cual se asustan, huyen a rienda suelta y desaparecen. Así termina el relato de la marcha de los dos paisanos, que cierra un *Epílogo*, en décimas y español estándar, donde aparece por segunda vez un misterioso monje benedictino que encuentra las hojas donde está escrito el relato y, en una especie de rito de purificación, pide perdón y las quema.

El libro se cierra con una *Conclusión* del propio autor en la que expresa que *todo esto jue una opinión* sobre la historia de la humanidad, la cual muestra que, *en cualquier entrevero/donde hubo seres humanos / pronto largaron la mano / pal facón y el naranjero*. De poco sirvió el conocimiento *pa' que sean más precavidos / los hombres con sus deseos*. Y aunque el paisano es consciente de que la historia la escriben a su manera y de que en el 2000 la humanidad no es mejor, la conclusión es que somos *como burros de noria, / no juimos aprendiendo / casi nada de la historia*, por lo que manifiesta la incertidumbre sobre cuál va a ser el final de este cuento *en ande somos atores...*

Pero, pese a la mirada escéptica, toma la frase que hizo célebre Julio Secundino Cabezas, famoso animador de muchas jineteadas, para expresar su fe:

A pesar de todo eso,
“¡Al hombre voy!” es mi grito...

Para lo cual concluye con la necesidad de respetar los Derechos Humanos, porque

De no ser ansí, compadre,
cantaremos pal carnero
y derecho al matadero
iremos todos marchando
si nos seguimos pasando
las cuentas como el pulpero.

Para cerrar, una frase: la necesidad de no permanece indiferente sino de *ayudar a empujar la rueda de la historia*, frase que casualmente repite un poeta actual, Ángel Núñez, quien trabajó con Élide Lois en los textos de Hernández

4. LA VARIEDAD GAUCHESCA. Tanto el lenguaje como el texto hablan de un posicionamiento frente a la problemática planteada. *Payando por la historia* de Manuel Retes de 2020 es un ejemplo más de la vigencia de la *variedad gauchesca* o *variedad rural rioplatense*, con la aclaración de que el concepto de *variedad* implica el reconocimiento de límites difusos, difíciles de definir y describir, como señala Moure. Esta condición no solo tiene que ver con lo geográfico sino también con la situación comunicativa: así en el poema el gaucho Jesús dice: *Dejad que los niños vengan a mí* pero en otra parte se deschava con un *¡Juiiira, sepulcros blanquiao!*

Como rasgos peculiares, nuestro texto presenta modificaciones ortográficas relacionadas con cambios de pronunciación, con elisión o agregado de vocales o consonantes: *jué, alvertencia, asegún, cáiba, viápeliar*. También cambios morfológicos: *conocencia, entretención, interrogancia*. Y ya que Moure destaca la importancia del léxico como

indicador de género literario, valgan los siguientes ejemplos: *bolazos, camorriaba, clinas, entripao, encularse, garguero, julero, planazo,*

Dentro del léxico cobran importancia las frases: *¡ahura es cuando!, a lo potro, ¡bien haiga!, de no, un casual, darle en la matadura, hacerse perdiz, erró el viscachazo, ¡no sea bagual!, saltar de la maroma, se alzarón a lo toruno, ¡viera visto!*

Las hay más complicadas: *de volcao y sobre el lomo / largó el pial y echó verija, es sabido ¡cómo no!, viá tener que despenarlo, pa empiorar el asunto / no viene que se enteró, ¡no, si no, no vaya a creer!*

El tratamiento es siempre ‘de respeto’: los personajes se tratan de *usté*, no hay *tú* ni *vos*; la presentación es siempre protocolar, con modismos de cortesía: *payadores, pa servirlo / en lo que guste mandar*. El estilo es conversacional, se dirige a un interlocutor usando como apelativos: *usté, hermano, cuñado, paisano, compadre*. Luego todos son *dones*: *don Ari, don Parménides, don Edipo*, y si no conoce el nombre: *don este hombre*. Todos son *gauchos*, que a veces reemplaza por *criollo, criollazo*.

Los ejemplos están tomados del texto y se pueden encontrar además en otras obras del género, pero también –según autores contemporáneos de la gauchesca- es posible escucharlos en el habla coloquial vigente, ya sea como formas ‘marcadas’, con valor enunciativo, o como propias de la variedad oral de la zona. En ese caso el origen, la creación, pueden corresponder al habla común o a la inversa, puede tratarse de la apropiación que hace el hablante común del léxico literario y, aunque por el momento esto se hace evidente solo en algunos ítems léxicos aislados, su posibilidad habla del dinamismo del lenguaje.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Freire P. (2014): *Miedo y osadía*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lavandera (1984): *Variación y significado*, Buenos Aires, Hachette
- Lois E. (2002-2003): “Cómo se escribió el Martín Fierro” <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar>
- López Morales (1993): *Sociolingüística*, Madrid, Gredos
- Lopreto G. (1996) “...que vivo en esta Conquista”. *Textos del Río de la Plata, Siglo XVI*. La Plata, EDULP.
- Martínez 2009: *El entramado de los lenguajes*. Buenos Aires, La Crujía.
- Martínez Sarasola G. (1993) *Nuestros paisanos los indios*. Buenos Aires, EMECÉ
- Mignolo W. (s/f) “Learning to unlearn: Decolonial reflections from Eurasia and the Americas” (Copia)
- Moure, José Luis (2010): “La lengua gauchesca en sus orígenes”. *Olivar*, 11 (14): 33-47.
- Retes M. (2020) *Payando por la Historia*. 2da. edic. Junín, Ed. Rama Negra
- Risso C. s/f <http://carlosraulrisso-escritor.blogspot.com>
- Rodríguez Molas 1982: *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, CEAL
- Svampa M. (2016) – *Debates latinoamericanos*. Buenos Aires, Edhasa